

De promotores de lo individual a catalizadores de lo fraternal

(La lucha contra la violación de la dignidad humana)

Por: Sir Montessori

Aquello fue como ser acusado de cometer el más terrible de los crímenes, nunca olvidaré una de las preguntas que más me ha hecho sentir culpable: “Las personas que no se comportan fraternalmente con los demás como los asesinos y violadores ¿pierden su dignidad?”.

Mi respuesta fue “verdadero”, pues pensé que quien atentaba contra la vida de uno de los miembros de la sociedad debía pagar las consecuencias de su proceder, y, por tanto, debía morir. ¿Por qué debo tocarme el corazón ante el delincuente que no se lo tocó para asesinar a alguien?

Al final, la respuesta fue marcada como incorrecta. Nuestro docente nos reprendió diciendo que nuestra manera de pensar distaba mucho de la lucha y la defensa de los derechos humanos. Fue en ese momento cuando mi egoísmo, mi hipocresía y mi individualismo enfermizo se vieron evidenciados.

Sería idílico pensar que alguien estaría a favor de defender la dignidad de aquellos que provocan el desorden social y atentan contra la vida de las personas, incluso, podría pensarse que son merecedores de castigos y torturas en proporción al mal que han cometido, que merecen la muerte debido a su naturaleza abyecta y a su perversa conducta, pero, en nuestra Constitución Política, la dignidad humana es un valor supremo en virtud del cual se reconoce una calidad única a todo ser humano por el simple hecho de serlo, cuya eficacia debe ser protegida sin excepción alguna. De modo que, no pudiéndose perder la dignidad humana, en ningún supuesto, es en ella donde hay que hacer pie para desautorizar la pena de muerte, y conceder al transgresor más criminal la oportunidad y el derecho a la rehabilitación.

La pregunta que detona la siguiente reflexión es: ¿Es posible construir un mundo en favor del respeto y cuidado de la dignidad humana, aun la de los criminales?

Ciertamente, es difícil hallar jóvenes que luchen contra la vulneración de la dignidad y los derechos humanos, porque en la actualidad estamos sumergidos en un plano donde se nos ha reducido y simplificado hasta el grado más aberrante, como en la manera en cómo nos

relacionamos, “la sociedad se ve como una red, en vez de como una estructura: se percibe como una matriz de conexiones y desconexiones aleatorias con un número infinito de permutaciones posibles” (Bauman, 2013, p.235) La juventud en la actualidad atenta contra la libertad individual, que no es otra cosa que opiniones con gran sustento en los intereses propios. Se ha prescindido de lo comunitario y se opta por no inmiscuirse en las causas del dolor ajeno, llevamos colgado al cuello la siguiente máxima: La defensa de mis intereses (confundidos con derechos) conllevan no tener responsabilidad ante el prójimo. Con ello, se pierde la noción del nosotros y se adopta un sentimiento de individualidad.

Este sentimiento de individualidad es el que nos lleva a infravalorar la importancia de ser persona, y es el mismo que nos ha conducido a pensar en que todo aquel que obra mal merece morir. Porque, como sostiene Kant (2006)

Cuando alguien que se deleita molestando y vejando a las personas amantes de la paz finalmente recibe una justa buena paliza, indudablemente es algo malo, pero todo el mundo lo aprueba y lo considera bueno en sí mismo, aunque no tenga ulteriores consecuencias (p. 137)

Sin embargo, no existe equivalencia entre una vida, por penosa que sea, y la muerte, por tal motivo, tampoco existe igualdad entre el crimen y la represalia. De manera que, “la idea de la abstracción de la vida, en la que esta se convierte en algo “objetivado” y susceptible a ser solo un valor de intercambio (una vida por otra, para así reestablecer el equilibrio roto)” (Peñaloza, 2004, p. 38) lleva directamente hacia el desprecio de la dignidad y la instrumentalización de la persona humana.

Si bien, somos personas básicamente bondadosas, y raramente deseamos que otra persona sufra algún problema grave, pero no estamos por encima de alegrarnos de las pequeñas desgracias cuando son merecidas. Esto último se ve reflejado cuando un delincuente recibe, por decirlo así, su merecido. “El restablecimiento de la justicia que se logra cuando una mala conducta da lugar a un mal resultado produce una especie de justicia poética” (Smith, 2016, p. 137). Y, cuando la desgracia deseada no ocurre, sentimos una secreta decepción.

El entorno juvenil es el sector más vulnerable para ser moldeado y manipulado en favor del respeto de la dignidad, pero solo de unos cuantos, trayendo con ello, un sentimiento de odio

hacia los que han obrado mal; entonces, si tanta es nuestra repulsión al asesinato, si tenemos la convicción de que toda vida es sagrada —aún la del peor de los criminales— no podemos matar ni si quiera a los asesinos. En cambio, castigarlos con el rigor que amerite la magnitud de su crimen es un imperativo de justicia, pero respetando su vida para así demostrarnos que somos distintos a ellos, que dejamos a un lado la venganza primigenia en aras de valores superiores.

No es un asunto de coerción sobre la persona para modificar su manera de pensar, ni se trata de insinuar que los seres humanos estamos desprovistos de una fuerte capacidad de empatía cuando los demás sufren. Se trata de cimbrar con conciencia al individuo para detonar una autorregulación sobre sus actos y un sentimiento de amor y respeto de sí mismo, para después trasladarlo a la comunidad y así, desde una nueva estructura, iniciar la construcción de un nuevo mundo que constituya verdaderos cimientos sociales.

Se empieza a construir un mundo diferente con el conocimiento de primera mano de la situación, de velar por los derechos del colectivo, y no se logra en el claustro del contexto propio, se desarrolla con el contacto directo, con la charla frente a frente, con la lucha incesante en favor de cualquier persona sin importar su condición; con la frustración de ver que los derechos y la dignidad de las personas son vulnerados por las autoridades. No es una fórmula preestablecida, es un camino que se edifica en conjunto, aceptando y amando al otro y en comunicación mutua.

Pero para ello, se necesita deshacerme del “yo” para entrar a un “nosotros”, se necesita descentralizarme y poner en el centro a los demás. Se necesita adoptar un sentimiento sólido de empatía y propagarlo en proporciones epidémicas. Se necesita dejar de velar por nuestros deseos superficiales y empezar a velar por el colectivo. Se necesita promover un sentimiento de solidaridad, tal que, el aislamiento provoque un impacto profundo en los resortes más fundamentales de la mente, como si quitarle el contacto humano al alma fuese tan destructivo como quitarle el agua al cuerpo. En la actualidad, sería muy fácil decidir no actuar al respecto, ser yo mismo e interesarme por mis necesidades y aislarme de todo vínculo social, pero con una frase de John Donne, Itiel Arroyo nos recuerda que: “Nadie es una isla por completo en sí mismo, cada hombre es un pedazo de un continente, una parte de la tierra, la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad [...]” (2019, p. 39).

Referencias

- Arroyo, I. (2019). *Amar es para valientes*. Dallas, Texas: Portavoz.
- Bauman, Z. (2013). *Tiempos líquidos*. Ciudad de México: Tusquets.
- Kant, I. (2006). *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*: Tecnos.
- Peñaloza, P. J. (2004). *Pena de muerte*. Ciudad de México: Porrúa.
- Smith, R. H. (2016). *Schadenfreude: La dicha por el mal ajeno*. Madrid: Alianza.